

Cádiz

Benito Pérez Galdós

Los franceses brillan por su ausencia en este episodio. Aunque ocupan toda España salvo este pequeño rincón cuya frontera es el caño de Sancti Petri, apenas se les cita no siendo por las bombas que caen sobre Cádiz. Y estas bombas sirven más bien para recordar las que explotan en Bilbao en el sitio de 1874, año en el que Galdós escribe la novela.

No. El escritor canario va a construir su obra sobre dos polos: españoles e ingleses.

Los ingleses van a estar representados por lord Gray, un amigo de lord Byron, aquejado de un mal psicológico que podríamos llamar “angustia vital”. Sus aventuras gaditanas son un intento de calmar su enfermedad, o quizás habría que decir su “aburrimiento”.

Galdós nos recuerda, a través de las palabras de lord Gray, esos personajes, entre reales y literarios, que representan el carácter inglés: el orgulloso Cromwell, el cruel Gloucester, el mentiroso Walpole, el poeta Shakespeare, El cruel Gloucester es obviamente Ricardo III; pero se siente la tentación de identificarlo con Edgar, el buen muchacho que guía a su padre ciego, pero sin dejarle saber que el lazarillo es precisamente su hijo; sobre todo si se piensa que lord Gray, en sus estratagemas para conseguir sus fines, ha recurrido a disfrazarse de mendigo.

Los españoles son desde luego parte de la “vieja España”, enfrentada a la modernidad representada en el lord inglés. Doña María y sus hijas, Asunción y Presentación, son parte de la vieja España. Y también son “vieja España” Ostolaza, Teneyro y Tadeo Calomarde. Y, por supuesto, don Pedro del Congosto. Pero también es “vieja España” doña Flora de Cisniega, aunque su ceguera sea parcial. Y el poeta Manuel Quintana, que cree en el poder regenerador de la Literatura. Y el gobernador Villavicencio, que a falta de un inglés al que castigar por su crimen, busca a un pobre “españolito” al que endosar faltas propias y ajenas. Y son “vieja España” los hombres y las mozas que llenan las tabernas. Y qué decir del buen fraile Pedro Advíncula, o de Alacrana, la alcahueta de lord Gray.

Y aislados en medio de este mar de personajes las criaturas galdosianas: Amaranta, Inés y Gabriel de Araceli. Amaranta cree ser capaz de controlar este mundo; pero al igual que a su tía la marquesa, este mundo se le está escapando de entre sus manos, de entre sus dedos.

Inés y Gabriel en cambio, desde su humildad, muestran la fuerza vital que les hará finalmente emerger, sanos y salvos, de esta tremenda vorágine que es la España de 1810, refugiada en Cádiz.

Gabriel acepta el reto psicológico de la confrontación con lord Gray. La atracción profunda que experimenta por el lord no logra, sin embargo, tapar la repulsión

que Araceli siente ante el horrible vacío moral que su “spleen” ha creado en el alma del inglés.

Y el español corre el riesgo de contagiarse de la enfermedad británica. El propio Araceli nos dice: *“En las mil alternativas y vicisitudes de mi vida, bajé, subí, caí y levanteme; creí tocar con mis manos fatigadas el fondo de aquel mar de la borrascosa desventura, donde transcurrió mi niñez, y fuerzas ignoradas me sacaron de nuevo a la superficie; pero cuando subía, y bajaba, y vivía, y moría, jamás dejé de percibir aquella luz, lejana estrella a quien consideraba como expresión de lo divino y sobrenatural que hay en la existencia. Pero ya la luz se había apagado, y yo no veía sino espantosas oscuridades”*.

Pero Gabriel e Inés consiguen salvarse del contagio. No corre la misma suerte la pobre Asunción.